

Mayo, el mes de las flores, coincide casi siempre, con este tiempo maravilloso de la liturgia que es la Resurrección de Jesús. Primavera del alma, primavera de los espíritus, un renacer después de un invierno de letargo, de hielo, de frío... Una Iglesia que triunfa para siempre en el cielo, después de su peregrinar en la tierra.

Ahora comprendes por qué este mes de mayo que desde niño te acostumbraron a celebrar, no es algo sobreañadido sino que pertenece a la entraña misma del dogma, al corazón mismo de la liturgia. Ahora comprendo por qué el mes de mayo profundo es que **yo viva con su dulce Nombre siempre en el corazón**, resucitando de todo lo que sea amor propio, egoísmo. De todo lo que sea envidia, sentimentalismo, vanidad, orgullo... Ahora comprendo por qué en esta época maravillosa del año en que celebramos la resurrección de tu hijo Nuestro Señor Jesucristo, tú vienes a mí como Madre querida en el mes más bello del año, en el mes de las flores. (P. Morales)

El mes de mayo nos da la oportunidad de hablar de la Virgen Santísima, nuestra Madre, y del papel determinante que tiene en el plan de la salvación del mundo, según el proyecto de Dios y, en consecuencia, del papel determinante que tiene en nuestra santificación personal. En nuestra Escuela de Santidad proponemos hoy a la Virgen María como Madre nuestra y como Modelo y Maestra de Santidad.

1. La Virgen María MADRE de Dios y Madre nuestra

Muchas cosas se podrían decir de la maternidad de la Virgen, de su condición de Madre de Dios (increíble misterio y dignidad que jamás nadie habría podido soñar), y de su condición de Madre de todos nosotros: **Madre de toda la Iglesia**, tal y como la proclamó San Pablo VI al concluir el Concilio.

La Iglesia confiesa desde siempre que María es verdaderamente *Madre de Dios* [*Theotokos*]. Este dogma de la Maternidad Divina fue solemnemente definido por el Concilio de Éfeso (año 431). Por eso "desde los tiempos más antiguos, la Bienaventurada Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles acuden con sus súplicas en todos sus peligros y necesidades" (Lumen Gentium, 66).

Tenemos la emocionante certeza de que "Dios escogió para ser la Madre de su Hijo a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a "una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María" (Lc 1, 26-27)" (CIC 488).

Pero el regalo es todavía más grande, más impresionante: **Dios quiso compartir Madre con nosotros, quiso darnos como Madre nuestra a su propia Madre**. Una locura más de su amor que nunca podremos agradecer suficientemente¹.

Por eso el papa Francisco nos abre a la confianza con Ella:

"Jesús quiso extender la maternidad de la Virgen a toda la Iglesia, a todos los hombres. Y lo hizo cuando se la encomendó al discípulo amado, poco antes de morir en la cruz.

¹ Dice el Catecismo de la Iglesia: "Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende a todos los hombres a los cuales Él vino a salvar: "Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el Primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre" (LG 63)" (CIC 501).

² La madre tiene una función insustituible en la crianza del niño, y no tanto desde el punto de vista de sus necesidades corporales (en lo que podría ser sustituida) sino desde un punto de vista afectivo y comunicativo. El niño necesita en sus primeros años, más que de la leche nutricia, de ternura, de cariño, de atención amorosa...

Existe, además, un gran paralelismo entre la vida natural de un ser humano y su vida sobrenatural. En el orden de la vida sobrenatural somos perpetuamente niños, indigentes, necesitados de ayuda. **No podemos**

Desde ese momento, **todos nosotros estamos colocados bajo su manto**, como se ve en ciertos frescos y cuadros medievales, o como indica la primera antifona latina —*Sub tuum praesidium confugimus, sancta Dei Genitrix*—: la Virgen que, como Madre a la cual Jesús nos ha encomendado, nos envuelve a todos como Madre. Es verdad que la piedad cristiana siempre le da bonitos títulos, como hace un hijo con su madre: ¡cuántas cosas bonitas dice un hijo a la madre a la que quiere!

Por eso María está siempre presente en la cabecera de sus hijos cuando mueren. Si alguno se encuentra solo y abandonado, ella es Madre, está allí cerca, aun cuando todos le habían abandonado.

Las oraciones dirigidas a Ella no son vanas. Mujer del "sí", que ha acogido con prontitud la invitación del Ángel, responde también a nuestras súplicas, escucha nuestras voces, también las que permanecen cerradas en el corazón, que no tienen la fuerza de salir pero que Dios conoce mejor que nosotros mismos. Las escucha como Madre. Como y más que toda buena madre, María nos defiende en los peligros, se preocupa por nosotros, también cuando nosotros estamos atrapados por nuestras cosas y perdemos el sentido del camino, y ponemos en peligro no solo nuestra salud sino nuestra salvación.

María está allí, rezando por nosotros, rezando por quien no reza. Rezando con nosotros. ¿Por qué? Porque ella es nuestra Madre" (Audiencia general 24-03-2021)².

2. La Virgen María MODELO de santidad

Además de Madre, María es también maravilloso modelo para todos nosotros, sus hijos. **Modelo perfecto de todas las virtudes en su más alto grado**. Y su Corazón Inmaculado es el cofre precioso que las guarda todas.

"**Madre del amor hermoso**", es María. La expresión es del libro del Eclesiástico: "Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, del

nada por nosotros mismos; somos necesitados, más que los niños en la vida natural, de comunicación, de afecto, de sentirnos amados y de poder manifestar nuestra alegría y felicidad a la persona que nos ha demostrado y nos sigue demostrando amor y ternura.

Pues bien, en María, Dios nos ha dado una Madre a nosotros, eternos infantes en el espíritu, **para que, como niños necesitados en todo, le pidamos y encontremos en Ella cuanto necesitamos**.

Dice el Concilio: «Con su múltiple intercesión [María], continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinos se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por ese motivo la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de **Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora**» (Fernando Guerrero)



conocimiento y de la santa esperanza" (24,18), y desde el siglo X la Iglesia lo ha referido a la Virgen, pues Ella "celebrando el misterio y la función de María, contempla con gozo su espiritual belleza. La belleza como resplandor de la santidad y de la verdad de Dios, «fuente de toda belleza», e imagen de la bondad y de la fidelidad de Cristo, el "más bello de los hijos de los hombres".

"La delicadeza de su Corazón Inmaculado, -nos dice el Papa Pío XII-el recogimiento y el espíritu de oración del que habla el Evangelio cuando recuerda por dos veces que Ella conservaba en su Corazón el recuerdo de las gracias de Dios y de las acciones del Niño Dios (Lc 2,19-51); el amor de Dios, que resplandece en el Magnificat; el amor de los demás; de todos los demás; de sus parientes, de sus amigos, de todos los hombres; esa caridad incomparable que la hizo volar al servicio de su prima Isabel cuando conoció su próxima maternidad; que la hizo compadecerse del apuro de los esposos cuando el vino empezó a faltar en las bodas de Caná; que la unió de forma tan dolorosa y profunda a los sufrimientos de su divino Hijo por la Salvación del género humano.

Sí, la Santísima Virgen, cuya condición fue tan humilde, de la que el Evangelio nos narra tan pocas cosas, cuyo silencio llenó casi toda la vida, vio a Dios realizar en Ella las más grandes cosas sin perder esa encantadora modestia que llena de admiración.

He ahí porqué es el **Modelo de todos los cristianos**: Con el Salvador permaneció oculta en Nazaret, unida a Él en la dulzura y la humildad, en el cumplimiento del deber de cada día y de los trabajos domésticos, en la paciencia y en la oración. No se sabía de Ella ningún milagro, ninguna acción extraordinaria, pero amó a Dios con todo su Corazón, con toda su alma, con todo su espíritu y con toda su fuerza. Ahí está el primer mandamiento. Y amó también al prójimo como a Sí misma. «Ningún mandamiento hay mayor que éste» (Mc 12,30-31)". (Pío XII Radiomensaje. 26-VII-54).

En María sobresalen las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, actitudes básicas de todo cristiano. Por eso es modelo acabado y principio activo de toda forma de vida santa en la Iglesia. María las vive en un grado excepcional a lo largo de toda su existencia, y las enseña.

Por eso "La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles, porque en sus condiciones concretas de vida, **Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios**; porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente. Por ello, **toda la Iglesia encuentra en Ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo**" (San Pablo VI).

Y el Catecismo nos da la razón de este atractivo de María, de este modelo de santidad:

Esta "**resplandeciente santidad del todo singular**" de la que Ella fue "enriquecida desde el primer instante de su concepción" (LG 56), le viene toda entera de Cristo: Ella es "redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo" (LG 53).

El Padre la ha "bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1, 3) más que a ninguna otra persona creada. Él la ha "elegido en Él antes de la creación del mundo **para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor**" (cf. Ef 1, 4).

Los Padres de la tradición oriental llaman a la Madre de Dios "**la Toda Santa**" (Panaghia), la celebran "como inmune de toda mancha de pecado y como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo" (LG 56). Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida. (CIC 492-493)

No nos extraña que el Concilio diga de la Virgen esta maravilla: "En la Santísima Virgen, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y **la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser**" (SC 103).

"*Venid, hijos, escuchadme. Os instruiré en el temor del Señor*". Esta sentencia del salmo 34 bien se puede aplicar a la Virgen María, verdadera Maestra de Santidad. La Iglesia lo hace. Por eso los santos nos hablan de "Escuela de María", convencidos de que el que se acerca a Ella aprende santidad, queda contagiado por la belleza, la dulzura, la sabiduría de su Corazón. **El Corazón Inmaculado de la Virgen es nuestra mejor Escuela de Santidad.**

"Las Iglesias de Oriente han representado a menudo a la Madre de Jesús como la Odigitria, aquella que **"indica el camino"**, es decir el Hijo Jesucristo. Me viene a la mente ese bonito cuadro antiguo de la Odigitria en la catedral de Bari, sencillo: la Virgen que muestra a Jesús, desnudo... indicando que Él, hombre nacido de María, es el Mediador. En la iconografía cristiana su presencia está en todas partes, y a veces con gran protagonismo, pero siempre en relación al Hijo y en función de Él. Sus manos, sus ojos, su actitud son un "catecismo" viviente y siempre apuntan al fundamento, el centro: Jesús. María está totalmente dirigida a Él. Hasta el punto de que podemos decir que es más discípula que Madre. Esa indicación, en las bodas de Caná: María dice "*haced lo que Él os diga*". Siempre señala a Cristo; es la primera discípula (Papa Francisco 24 marzo 21)

Ciertamente María no escribió ningún libro, ni tuvo una cátedra para enseñar, ni se dedicó a predicar... Y, sin embargo, fue maestra y formadora de Jesús y de la Iglesia, de los apóstoles y de todos los cristianos. ¿En qué sentido?

María es "el Libro sublime que ha propuesto al mundo la lectura del Verbo" (San Epifanio). Es maestra porque si queremos identificarnos con Cristo, dejarnos arrastrar por su ejemplo de santidad, es el camino más fácil. María es "**Libro que contiene todas las virtudes**: la fe ("*Dichosa tú que has creído*"), la esperanza ("*Haced lo que él os diga*") y el amor ("*Hágase en mí según tu palabra*"). Es maestra también por la eficacia de sus oraciones y por la autoridad de sus consejos. Y "predica no con palabras, sino encarnando al Verbo, escribiendo un Libro con su propia sangre". En definitiva, María es maestra porque ha dado al mundo a Jesucristo Maestro, la Verdad por antonomasia (Beato Alberione).

María es Maestra especialmente de oración: Mira cómo pide a su Hijo, en Caná. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia. Y cómo lo logra.

En la homilía de beatificación de los niños de Fátima, San Juan Pablo II, hablando a los niños, les invitó a matricularse en la escuela de María: Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban en la «escuela» de Nuestra Señora, para que Ella os enseñe a ser como los pastorcillos, que buscaban ser todo lo que Nuestra Señora les pedía. Os digo que **«se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que durante años enteros de iniciativas personales apoyadas en sí mismos»** (S. Luis de Montfort). Fue así como los pastorcillos se volvieron santos deprisa. Una mujer que acogiera a Jacinta en Lisboa, al escuchar tan buenos y acertados consejos que la pequeña le daba, le preguntó quién los enseñaba. «Fue Nuestra Señora», respondió. Entregándose con total generosidad a la dirección de tan bondadosa Maestra, Jacinta y Francisco subieron en poco tiempo a las cumbres de la perfección" (Homilía, Fátima 13 mayo 2000).

Aprendamos en la escuela de María de Nazaret el arte de vivir, el arte de orar, y el arte, sobre todo, de amar a Jesús. Si en algo Ella ha sido maestra, ha sido **en el amor**. Por eso, si es el amor el que nos va a salvar, el único que nos va a salvar, nos importa ir a esa escuela donde hay una maestra sublime, excelsa, en el arte, precisamente, de amar. Ninguna criatura ha amado tanto, y tan bien como María, a Dios. Ninguna criatura ha amado y ama a los hombres como Ella, porque es su Madre. Por tanto, **Ella es la persona que mejor nos puede enseñar a nosotros a amar.**

María es siempre el camino más corto y más hermoso para llegar a Jesús. El camino más fácil para conocer al Hijo es el Corazón de su Madre. Nadie como Ella nos enseña a amarlo.

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Hagamos este mes la oración especialmente unidos a la Virgen María, muy dentro de su Corazón de Madre. **Ese corazón es el mejor oratorio, el mejor sagrario para rezar y encontrarnos con Jesús.** Nos ayudará esta bella reflexión del papa Pablo VI:

"Al acercarse el mes de mayo, consagrado por la piedad de los fieles a María Santísima, se llena de gozo Nuestro ánimo con el pensamiento del conmovedor espectáculo de fe y de amor que dentro de poco se ofrecerá en todas partes de la tierra en honor de la Reina del Cielo. En efecto, el mes de mayo es el mes en el que los templos y en las casas particulares sube a María desde el corazón de los cristianos el más ferviente y afectuoso homenaje de su oración y de su veneración. Y es también el mes en el que desde su trono descienden hasta nosotros los dones más generosos y abundantes de la divina misericordia.

Nos es, por tanto, muy grata y consoladora esta práctica tan honrosa para la Virgen y tan rica de frutos espirituales para el pueblo cristiano. Porque María es siempre camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con Ella no puede menos de terminar en un encuentro con Cristo mismo. ¿Y qué otra cosa significa el continuo recurso a María sino un buscar entre sus brazos, en Ella, por Ella y con Ella, a Cristo nuestro Salvador, a quien los hombres en los desalientos y peligros de aquí abajo tienen el deber y experimentan sin cesar la necesidad de dirigirse como a puerto de salvación y fuente trascendente de vida?"

Y S. Juan Pablo II nos anima a meditar y a contemplar los misterios de Jesús con la oración del santo Rosario:

"El Rosario es un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano, como verdadera y propia 'pedagogía de la santidad': «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración». Mientras en la cultura contemporánea, incluso entre tantas contradicciones, aflora una nueva exigencia de espiritualidad, impulsada también por influjo de otras religiones, es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración».

El Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana. Iniciado en Occidente, es una oración típicamente meditativa y se corresponde de algún modo con la «oración del corazón», u «oración de Jesús», surgida sobre el humus del Oriente cristiano».

El Beato Bartolomé Longo, apóstol del Rosario termina su célebre *Súplica a la Reina del Santo Rosario* con estas palabras conmovedoras que te pueden servir de oración y súplica en estos días:

«Oh Rosario bendito de María, dulce cadena que nos une con Dios, vínculo de amor que nos une a los Ángeles, torre de salvación contra los asaltos del infierno, puerto seguro en el común naufragio, no te dejaremos jamás. Tú serás nuestro consuelo en la hora de la agonía. Para ti el último beso de la vida que se apaga y el último susurro de nuestros labios será tu suave nombre. Oh Reina del Rosario de Pompeya, oh Madre nuestra querida, oh Refugio de los pecadores, oh Soberana consoladora de los tristes. Que seas bendita por doquier, hoy y siempre, en la tierra y en el cielo.»

OTROS TEXTOS PARA LA MEDITACIÓN

1. ¿Quién eres tú, Señora? (San Maximiliano Kolbe)

¿Quién eres, oh, Señora? ¿Quién eres, oh, Inmaculada? Yo no estoy en condiciones de examinar de una manera adecuada lo que significa ser «criatura de Dios». Sobrepasa mis fuerzas el comprender lo que quiere decir ser «hijo adoptivo de Dios».

Pero Tú, oh, Inmaculada, ¿quién eres? No eres solamente criatura ni eres solamente hija adoptiva, sino que eres Madre de Dios, y no sólo Madre adoptiva, sino verdadera Madre de Dios.

Yo no se trata sólo de una hipótesis, de una probabilidad, sino de una certeza, de una certeza total, de un dogma de fe.

Más... ¿eres Tú todavía Madre de Dios? El título de madre no sufre mutaciones. Por toda la eternidad Dios te llamará: «Madre mía». El que ha establecido el cuarto mandamiento, te venerará eternamente, siempre... ¿Quién eres, oh, divina?

Él mismo, el Dios encarnado, gustaba de llamarse: «Hijo del hombre». Pero los hombres no le comprendieron. Y aun hoy, ¡qué pocas son las almas que le comprenden, y qué imperfectamente le comprenden! Concédeme poder alabarte, oh, Virgen Inmaculada.

Te adoro, Padre nuestro celestial, porque has colocado en el seno purísimo de Ella a tu Hijo unigénito.

Te adoro, Hijo de Dios, porque te has dignado entrar en su seno, y has llegado a ser verdadero y real Hijo suyo.

Te adoro, Espíritu Santo, porque te has dignado formar en su seno inmaculado el cuerpo del Hijo de Dios.

Te adoro, Trinidad santísima, Dios uno en la Santa Trinidad, por haber ennoblecido a la Inmaculada de un modo tan divino.

Yo no cesaré jamás, cada día al despertar del sueño, de adorarte humildemente, oh, Trinidad divina, con el rostro en tierra, repitiendo tres veces: «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo».

Concédeme la gracia de alabarte, oh, Virgen santísima. Concédeme alabarte con mi entrega y sacrificio personal. Concédeme vivir, trabajar, sufrir, consumarme y morir por Ti, solamente por Ti. Concédeme la gracia de conducir a Ti el mundo entero. Concédeme el contribuir a una siempre mayor exaltación de Ti, a la más grande posible exaltación de Ti. Concédeme el darte una gloria tal cual ninguno te la ha tributado hasta ahora.

Concede a los otros superarme en el celo por tu exaltación y a mí superarles a ellos, de tal modo que en una noble emulación tu gloria se

acrecente siempre más profundamente, siempre más rápidamente, siempre más intensamente, como desea Aquel que te ha ensalzado de un modo inefable por encima de todos los seres.

En Ti sola, Dios ha sido adorado sin parangón más que en todos los santos. Para Ti, Dios ha creado el mundo. Para Ti, Dios me ha llamado aun a mí a la existencia. ¿Por qué motivo he merecido yo esta suerte? ¡Ah! Concédeme alabarte, oh, Virgen Santísima.

2. Retrato de María (San Juan Damasceno)

¡Oh hija del rey David y Madre de Dios, Rey universal! ¡Oh objeto divino y vivo, cuya belleza ha encantado a Dios creador, Tú, cuya alma está enteramente bajo la acción divina y atenta a solo Dios. **Todos tus deseos se inclinan sólo a lo que merece la pena y es digno de amor.** Tendrás una vida superior a la naturaleza, pero no la tendrás para ti. Tú te consagrarás enteramente a Dios, que te ha introducido en el mundo para servir de salvación al género humano, y cumplir el designio de Dios, la Encarnación de su Hijo y la edificación del género humano. Tu corazón se alimentará de las palabras de Dios: te fecundarán, como el olivo fértil en la casa de Dios, como el árbol plantado al borde de las aguas vivas del Espíritu, como el árbol de vida, que ha dado su fruto en el tiempo fijado: el Dios encarnado, la vida de todas las cosas. Tus pensamientos sólo tendrán por objeto lo que aprovecha el alma, y toda idea no solamente pernicioso, sino inútil, la rechazarás antes incluso de haber sentido el gusto.

Tus ojos estarán siempre vueltos al Señor, luz eterna e inaccesible; tus oídos atentos a las palabras divinas y a los sonidos del arpa del Espíritu, por quien el Verbo ha venido a asumir nuestra carne... tu olfato respirará



el perfume del Esposo, perfume divino del que puede embriagarse su humanidad. Tus labios alabarán al Señor, siempre unidos a los labios de Dios. Tu boca saboreará la Palabra de Dios y se alegrará de su divina suavidad. Tu corazón muy puro, exento de toda mancha, siempre verá al Dios de toda pureza y arderá en deseos por Él. Tu seno será la morada de aquel que ningún lugar puede contener. Tu leche alimentará a Dios, en el niño Jesús. Tú eres la puerta de Dios, resplandeciente de una perpetua virginidad. Tus manos llevarán a Dios, y tus rodillas serán para Él un trono más sublime que el de los querubines... Tus pies, guiados por la ley divina, siguiéndolo en una carrera sin recovecos, te llevarán hasta la posesión del Muy-Amado. Eres el templo del Espíritu Santo, la ciudad del Dios vivo, que alegran los ríos abundantes, los ríos santos de la gracia divina. Tú eres toda bella, muy cercana a Dios; la que domina a los Querubines, a los Serafines, muy cerca del mismo Dios.

Salve, María, dulce niña de Ana; el amor me conduce de nuevo hacia ti. ¿Cómo describir tu paso llena de gravidez?, ¿tu vestido?, ¿el encanto de tu rostro?, ¿la sabiduría que da la edad unida a la juventud del cuerpo? Tu vestido era la pura modestia, sin lujo ni molicie. Tu paso grave, sin precipitación, sin tropiezo y sin cansancio. Tu conducta austera, atemperada por la alegría, nunca llamaba la atención de los hombres. Testigo de este miedo que experimentaste en la visita inhabitual del ángel; estabas sometida y dócil a tus padres; **tu alma permanecía humilde** en medio de las contemplaciones más sublimes. Una palabra agradable que traducía la dulzura del alma.

¿Qué morada hubiera sido digna de Dios? Es justo que todas las generaciones te llamen bienaventurada, insigne honor del género humano. **Eres la gloria del sacerdocio, la esperanza de los cristianos, la planta fecunda de la virginidad.** Por ti se ha extendido por todas partes el honor de la virginidad. Que los que te conozcan por Madre de Dios sean benditos, y malditos los que te rechacen...

¡Oh Tú que eres la hija y la soberana de Joaquín y de Ana, acoge la oración de tu pobre servidor que sólo es un pecador, pero te ama ardientemente y te honra, que quiere encontrar en ti la única esperanza de tu felicidad, el guía de su vida, la reconciliación junto a tu Hijo y la prenda segura de su salvación. Líbrame del fardo de mis pecados, disipa las tinieblas amontonadas alrededor de mi espíritu, líbrame de mi espeso fango, reprime las tentaciones, orienta felizmente mi vida para que sea conducido por ti a la felicidad celeste, y concede la paz al mundo. A todos los fieles de esta ciudad, concédeles la alegría perfecta y la salvación eterna, mediante las oraciones de tus padres y de toda la Iglesia.

3. El Poderoso ha hecho maravillas por mí (San Luis M Grignon de Montfort)

María vivió una vida muy escondida. Su humildad fue tan grande que no experimentó en la tierra ninguna atracción mayor y más continua que la de **escondarse ante sí misma y ante toda criatura, para ser conocida solo por Dios.** Dios Padre consintió que Ella no hiciera ningún milagro en vida, o por lo menos ningún milagro espectacular. Dios Hijo consintió que Ella **no hablara apenas**, aunque Él le había comunicado su sabiduría. Dios Espíritu Santo consintió que sus apóstoles y evangelistas hablaran muy poco de Ella, siendo necesario para dar a conocer a Jesucristo, aunque Ella fuera su Esposa fiel.

María es la obra maestra acabada del Altísimo, quien se reservó para sí el conocerla y poseerla. María es el manantial sellado y la Esposa fiel del Espíritu Santo donde Él solo tiene entrada. María es el santuario y el reposo de la Santísima Trinidad donde Dios mora con una magnificencia y divinidad mayor que en cualquier otro lugar del universo, sin exceptuar su morada sobre los querubines y serafines. A ninguna criatura le es permitida, por muy pura que sea, entrar en este santuario si no es por un gran privilegio. Digo con los santos: María es el paraíso terrestre del nuevo Adán. **Es el mundo grande y divino de Dios donde hay bellezas escondidas y tesoros inefables.**

4. Belleza del Rosario en el mes de mayo (Papa Francisco)

Se aproxima el mes de mayo, en el que el pueblo de Dios manifiesta con particular intensidad su amor y devoción a la Virgen María. En este mes,

es tradición rezar el Rosario en casa, con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han "obligado" a valorizar esta dimensión doméstica, también desde un punto de vista espiritual.

Por eso, he pensado proponerles a todos que **redescubramos la belleza de rezar el Rosario en casa** durante el mes de mayo. Ustedes pueden elegir, según la situación, rezarlo juntos o de manera personal, apreciando lo bueno de ambas posibilidades. Pero, en cualquier caso, hay un secreto para hacerlo: la sencillez; y es fácil encontrar, incluso en internet, buenos esquemas de oración para seguir.

Queridos hermanos y hermanas: **Contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María**, nuestra Madre, nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba. Rezaré por ustedes, especialmente por los que más sufren, y ustedes, por favor, recen por mí. Les agradezco y los bendigo de corazón.

5. María, modelo de contemplación (San Juan Pablo II)

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «*envolvió en pañales y le acostó en un pesebre*» (Lc 2, 7).

Desde entonces **su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él.** Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*»; será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná; otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la 'parturienta', ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella; en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés.

2 y 3. Ejercicio de CARIDAD Y ABNEGACIÓN para la semana

Con FLORES a María: **Mayo para pedir gracias** en un momento especialmente grave:

*"Precisamente porque el mes de mayo nos trae esta poderosa llamada a una oración más intensa y confiada, y porque en él **nuestras súplicas encuentran más fácil acceso al corazón misericordioso de la Virgen**, fue tan querida a Nuestros Predecesores la costumbre de escoger este mes consagrado a María para invitar al pueblo cristiano a oraciones públicas siempre que lo requiriesen las necesidades de la Iglesia o que algún peligro inminente amenazase al mundo. Y Nos también, Venerables Hermanos, sentimos este año la necesidad de dirigir una invitación semejante al mundo católico. Si consideramos, en efecto, las necesidades presentes de la Iglesia y las condiciones en las que se encuentra la paz del mundo, tenemos serios motivos para creer que esta hora es particularmente grave y que urge más que nunca hacer una llamada a un coro de oraciones de todo el pueblo cristiano"* (Pablo VI).

Por tanto, en este mes de mayo, tan propicio para obtener gracias por intercesión de la Virgen, vivamos especialmente el **espíritu de los pastorcitos de Fátima**, ofreciendo pequeños sacrificios a Jesús por la salvación de las almas y por la paz en el mundo. Es lo que la Virgen nos pidió: *"Cada vez que hagáis un sacrificio decid: Jesús es por tu amor, por la conversión de los pecadores"*.

Así sembraremos cada día de este mes "flores" agradables a la Virgen y Ella, solícita Madre, nos llenará de sus cuidados y bendiciones. **Las "flores" a la Virgen son los pequeños sacrificios, ofrendas o actos de caridad ofrecidos con mucho amor a la Virgen santísima**, nuestra Madre del Cielo.